



Fig. No. 278.- Escena pictórica que nos muestra a los "mensajeros" en el desempeño de su ardua misión y que ha sido tomada de un vaso mochica. Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera

de los ríos ni en los restos del arte o de la industria. Sin embargo, no puede negarse su existencia. Debieron ser contruidos con maderos de algarrobo y aparejos de piedra, mediante el empleo de la misma técnica indiana que se descubre en los puentes de troncos y palos de larga duración que todavía se hacen en el interior para salvar los ríos y quebradas torrentosas.

Las maromas fueron, sin duda, los principales elementos para atravesar los ríos. Hasta hace poco han sido muy utilizadas por los antiguos mocheros y cimbaleros, cada vez que crecía el río Moche. Estas maromas, según Garcilaso, eran especialmente usadas en caminos particulares y no en los reales o de los gobernantes, en los que se emplearon, sin duda alguna, los puentes.

### MEDIOS DE TRANSPORTE

Las instituciones de transporte de los mochicas ofrecieron doble faz: las que tenían por objeto el transporte de las personas y de los productos de intercambio, y las de simple transmisión de noticias y mensajes. Para las primeras, contaron con mucha gente destinada al servicio de sus grandes señores, y con rebaños de llamas, reducidas a una completa domesticidad; y, para las segundas, con los "itzhaqui.izcaero" –mensajeros o portadores– (Fig. No. 278). Esta palabra, que se deriva del verbo mochica "itzhaq.eiñ" (llevar), tiene una pronunciación muy análoga al término "chasquis", que emplearon los quechuas para nominar a los hombres debidamente adiestrados y organizados que

desempeñaron el mismo papel en su administración, costumbre que, como ya hemos demostrado en la publicación de la escritura, fue copiada de los mochicas. Después de haber estudiado detenidamente el origen y etimología de la palabra "chasquis", hemos llegado a la conclusión de que esta voz no es sino una degeneración de la propia designación mochica "itzhaqui.izcaero". La pronunciación de este término a través de los siglos y en boca de gentes de extraña lengua ha sufrido inevitablemente modificaciones, aunque no tan fundamentales si se tiene en cuenta el tiempo transcurrido, pues hoy mismo el vocablo "chasqui" conserva gran parte de la eufonía de la genuina designación "itzhaqui.izcaero". Mediante este ligero análisis gramatical se comprenderá definitivamente que la institución de los "chasquis" es originaria de la cultura que nos ocupa, como lo afirmamos desde un principio. Hoy está mejor fundamentada, con el propio nombre que la distingue y que es de auténtica genealogía mochica.

Entre los principales medios de transporte de personas y productos de intercambio, la llama fue uno de los preferidos y más generalizados, dadas sus condiciones de gran resistencia a la fatiga, hambre y sed, y a su fácil domesticación. Son abundantísimas las representaciones pictóricas y escultóricas en el arte alfarero (Figs. Nos. 270 y 279 a 284) que aportan un completo conocimiento sobre esta actividad. Nos ilustran no solamente sobre su uso general, sino acerca de la misma manera como eran tenidas, y nos muestran las prendas de que constaba el aparejo con que iban equipadas. Y así aparecen adornadas con un vistoso manto, a manera de enjalma, que les

cubría desde la frente, y dejaban libres los ojos, hasta las ancas. En algunas ocasiones esta enjalma estaba provista de pequeñas viseras que se levantaban verticalmente sobre los ojos, posiblemente con el objeto de evitar que los rayos solares hirieran directamente los órganos de la visión del cuadrúpedo. A través de la enjalma y por pequeños huecos salían las orejas, que estaban sostenidas por sogas que se ataban alrededor del cuello. También se hacía uso de una amarra que se sujetaba ciñendo el pecho, tomando los bordes de dicha enjalma, que descansaban a ambos lados de los brazuelos. En la parte posterior, la enjalma se aseguraba, ya sea por una amarra al contorno de las ancas, o simplemente por un hoyo que servía para dar libre salida a la cola, que desempeñaba al mismo tiempo las funciones de baticola. Sobre esta enjalma, que también estaba asegurada con una especie de cincha, se colocaba la carga bien distribuida en sacos, alforjas o “capachos”. Las llamas modeladas aparecen, pues, transportando sus cargas, ora consistentes en grandes porongos que contienen bebidas, sacos de granos o en “capachos”, o transportando un niño a cada lado, a quienes por su tierna edad no se les permitía caminar.

Para guiar al animal se utilizaba una soga fuerte atada a una oreja, previamente perforada.

Las cosechas de los campos se transportaban, sin duda, en grandes manadas de llamas, dirigidas por un guía, y aceleraban su marcha una especie de “arrieros”. Es frecuente encontrar entre las representaciones escultóricas a los “arrieros”, colocados de vientre sobre las espaldas del cuadrúpedo, descansando al mismo tiempo que la bestezuela acostada en el suelo. Esta costumbre aún subsiste entre los arrieros de la sierra del Perú.

En cuanto se refiere a la fuerza humana y su utilización como medio de transporte, contamos con documentos en la alfarería que evidencian tal hecho de la manera más concluyente. Primero, los servidores de los grandes señores, a quienes transportaban en literas o andas (Fig. No. 207) por sus amplios caminos, y luego, los que aparecen en las figuras Nos. 284 y 285, que delatan una costumbre de largo arraigo y que aún perdura en la región de la selva. La carga, lo mismo que hoy, era acondicionada por medio de fajas o cuerdas resistentes sobre la espalda y la frente, dejando libres los brazos para apoyarse, en algunos casos, en bastones o cayados. Todo el peso de la carga gravitaba sobre la frente. Indistintamente, la cerámica nos ofrece ejemplares

masculinos y femeninos que se dedican a esta pesada tarea. ¿Acaso eran seres exclusivamente destinados a tan especial menester? Como decíamos, existen hoy en la selva peruana caciques que cuentan con piaras o grupos de hombres que transportan sus cargas en idéntica forma a la que aparece en los huacos mochicas, con una sola diferencia: los actuales cargadores no están vestidos más que con una simple trusa. La presencia de estas multitudes en estado salvaje, manejadas por un arriero brutal que esgrime un látigo, causa una profunda impresión de dolor. Estas gentes salvan enormes distancias por caminos escabrosos; y es mayor la indignación que causa en el hombre civilizado y de clara conciencia cuando advierte las espaldas llagadas de tales infelices, que vierten sangre y pus.

Entre los medios de transporte para la transmisión de noticias se contaba con verdaderas instituciones de “ithaqui.izcaero”, de cuyas funciones ya nos hemos ocupado en la publicación sobre la escritura. Aquí aprovecharemos la oportunidad para explicar la clasificación de tales servidores.

En los vasos globulares en que los encontramos representados se observa perfectamente el trazo de los caminos, indicados por dos líneas que ondulan paralelamente, ancha la una, como dando idea de los muros que delimitan el vial, mientras la angosta sirve de perspectiva.

Diferentes fueron las clases de “itzaqui.izcaero” que se instituyeron para llenar debidamente los servicios que reclamaba la adelantada administración gubernativa mochica. Basados en los atavíos que llevaban en la cabeza y que se repiten continua y sistemáticamente, hemos podido clasificarlos de la siguiente manera: del servicio militar (Fig. No. 286), del real o político (Fig. No. 287), del de los sabios o descifradores (Fig. No. 288) y del religioso (Fig. No. 289).

Los encargados del servicio militar se caracterizaban por llevar sobre el tocado un cuchillo ornamental y por presentarse a menudo en las escenas en que intervienen portando armas guerreras, cuando no tomando parte activa en las contiendas. Estos personajes se encargaban de la difusión de las noticias de las victorias o fracasos de los ejércitos, y de la conducción de las más importantes órdenes militares de los generales y demás jefes.

Los encargados del servicio real o político llevan como insignia un gran círculo adornado a manera de



Fig. No. 279.- Llama en actitud de descanso. En este ejemplar puede verse con claridad la clase de aparejos que los mochicas utilizaban.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (083-008-001)



Fig. No. 280.- Llama en la misma actitud que la anterior. De la oreja izquierda cuelga la sogá o correa que servía para guiarla.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (087-005-015)



Fig. No. 281.- Llama cuya carga para transportar son dos "urpus" de bebidas.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera



Fig. No. 282.- Llama cuya carga consiste en unas alforjas ocupadas por dos niños.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XXC-000-192)



Fig. No. 283.- Este vaso escultórico representa a un arriero en actitud de descanso sobre una llama.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (083-006-007)



Fig. No. 284.- Hombre semidesnudo que lleva sobre sus espaldas un enorme peso.  
Obsérvese la manera típica del carguío y la llama a su costado.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (064-003-002)



**Fig. No. 285.-** Mujer portadora de carga.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (040-007-011)